

EN TORNO A LA DESCOLONIZACION

¡Descolonización! Si nueva es la palabra, no lo es el hecho. Colonias eran, en definitiva, los territorios conquistados en que se asentaron los diversos imperios de la Antigüedad y colonizados los pueblos que aquéllos dominaban. Por ello puede llamarse descolonización a las alteraciones acaecidas en esos territorios, sea porque algún pueblo con impulso propio empezara a desarrollarse en el marco de la independencia, con la conciencia de pertenecer a una comunidad de ideales e intereses, sea porque una oleada de invasores o candidatos a colonizadores hiciera retroceder al ocupante anterior, sustituyéndolo en la tarea de dominar pueblos y suelos. La historia del pueblo judío ilustra ambos casos con ejemplares concretos. En efecto, en el relato bíblico aparecen, en primer término o aludidas, las sucesivas dominaciones que registró un determinado sector de la cuenca mediterránea. También vemos cómo afinca en Canaan el pueblo nómada liberado de la dominación egipcia—o sea descolonizado—, ello como consecuencia de que después de la batalla de Qadesh los imperios de los faraones y de los hititas quedaron mutuamente neutralizados, convirtiéndose la tierra prometida en *hinterland*. Allí, teniendo como substrato justificativo de su esfuerzo, la Ley de Moisés y las organizaciones políticas y sociales derivadas de la misma, las tribus judías se fueron estructurando como realidad comunitaria, lo cual es pasar del estadio de pueblo a uno superior. Por tanto, aunque la jerga política se haya enriquecido en esta postguerra con el nuevo vocablo, hay que rendirse a la evidencia: la Historia es un tejido de colonizaciones y descolonizaciones—trama y urdimbre—, algunas de las cuales han dado nacimiento a comunidades coherentes que luego han sido naciones. Es el caso de todas las potencias de la Europa occidental, antiguas colonias de Roma. Sin duda, las modalidades de la descolonización se han modificado notablemente con las épocas. Para que se arredren los crueles babilonios, no surgen los persas en son de guerra, ni es

preciso las campañas de Alejandro el Magno para desplazar a los persas; pero la colonización al viejo estilo romano, política, centralizadora, con eventual tendencia a la asimilación, se bate en retirada allí donde no ha perecido. Esta forma de colonización era en parte la consecuencia de un esquema conceptual propio a Occidente, que, forzoso es reconocerlo, si se pretende renovarlo para salvar lo esencial, está siendo el blanco de una ideología de fácil asimilación por parte de las masas, esos coros ya no silenciosos, sino vociferantes y reivindicativos, que de hecho desempeñan un papel predominante en el escenario de nuestra época. Mientras; sobre el campo de batalla donde han surgido tantas independencias bisoñas y donde otras pugna por surgir a su vez, se cierne el peligro de un tipo de colonialismo que se esfuerza por expansionarse: el ideológico-económico. Y es lo que Occidente tiene que evitar haciendo una reconversión de algunos principios heredados del siglo XIX, luego no tan tradicionales como claman los «tradicionalistas» que omiten mencionar una magnífica escuela española de siglo XVI sobre el problema colonial¹.

Por ello, ante la palabra «descolonización» lanzada por Tunicia como un grito de guerra en la Conferencia de la Unión Interparlamentaria celebrada en Varsovia (27 de agosto-3 de septiembre), quisiéramos, sucinta y modestamente comentar el programa de acción práctica y eficaz que a estas alturas brinda la palabra, ello en función del bienestar de los pueblos y de la paz, que son las metas perseguidas. En riadas de discursos, conferencias, congresos y declaraciones, y en aludes de papel impreso, se ha tratado de esta cuestión. Se ha enfocado desde diversos ángulos. Son siempre los de tal o cual ideología que, a su vez, implica tal o cual método para resolver el problema—mejor dicho, los problemas—, es decir, para pechar con la realidad.

¹ Bartolomé de Carranza, en 1540, sienta una extraordinaria doctrina de tutela internacional basada en que los indígenas «deben ser dejados en su primera y propia libertad», una vez educados para que no vuelvan a la barbarie. El sucesor de Francisco de Vitoria en la Cátedra de Salamanca, Melchor Cano, en 1546, pronunció una serie de lecciones en las que desarrollaba el principio de que «por una mayor sabiduría y una mejor política, ningún Estado tiene autoridad para conquistar a otro». Diego de Covarrubias, Catedrático de Derecho Canónico en Salamanca, atemperó ese radical anticolonialismo con la reserva de que los indígenas podrían ser gobernados por los Príncipes de Castilla si «son completamente necios, imbéciles o totalmente ineptos para constituir un régimen político». Todos coincidían en que el gobierno de España tenía por meta y límite la plena capacitación política de los pueblos gobernados.

Y ¿qué es la realidad en este caso? Quizá sea tirar por un cómodo atajo, olvidar que la realidad no es nunca una, sino un compuesto de hechos parciales y hasta contradictorios entre sí. Lo cual no tiende a insinuar que el ansia de independencia que actualmente sacude a los pueblos aun dependientes, e incluso a algunos que han logrado su autonomía, no sea algo real, cuando significa, por el contrario, un elemento básico de la realidad que nos ocupa. Lo es en el caso del Senegal y del Sudán unidos en la Federación de Mali dentro del marco de una Comunidad francesa que, instaurada por el referéndum de 26 de septiembre de 1958, traza un programa de futuro que, un año después, va a la zaga de la evolución registrada en esos países, acaso alentados por las perspectivas de independencia que se abren ante el Camerún, Nigeria, Togo y Somalia para 1960. Lo es en el del Congo belga, donde los acontecimientos están obligando a Bruselas a quemar las etapas del camino serena y claramente señalado por el Rey Balduino en su discurso del 13 de enero pasado, después de los luctuosos sucesos registrados en los primeros días de este año. También lo es con relación a los crujidos que en el mes de marzo de 1959 dejó oír el edificio de la Federación Rhodesias-Niasalandia, creada en 1953 por Gran Bretaña, y de la que se dijo entonces que era el primer paso hacia la soñada «Africa del Capricornio», comprensiva de la Federación, de Uganda, Kenia y Tangañika. Y nada digamos del ansia de independencia cuando se torna voluntad manifestada en una guerra que dura desde hace cinco años, como sucede en Argelia, expresión espectacular y peligrosamente ejemplar de un estado de ánimos que, tácita o formuladamente, se da en todo el ámbito africano, incluso en los territorios más modestos, agazapados en su debilidad, pero atentos a lo que sucede a su lado. De consiguiente, si el anhelo de independencia y el propósito de liberar el suelo patrio dominado fueran los únicos factores por considerar para ir hacia una descolonización masiva e inmediata, podría afirmarse que ha llegado la hora de convocar no ya la conferencia amistosa a que invita Tunicia, sino la de soltar amarras y dejar bogar libremente a todos los territorios dependientes y los suelos arbitrariamente dominados. No habría de limitarse por cierto esa conferencia al futuro de tierras y pueblos africanos. Colonias y no colonias, pueblos más o menos descontentos y tierras irredentas colonizadas existen en Asia, en Oceanía, en Hispaoamérica y hasta en Europa. Nos referimos concretamente a Gibraltar al hablar de Europa.

La propuesta tunecina de incluir en el orden del día de la Conferencia

de la Unión Interparlamentaria la convocatoria de una conferencia de la Mesa Redonda sobre la descolonización no tenía dimensiones mundiales, ni apremiaba para pasar de la dependencia a la independencia en un abrir y cerrar los ojos y encararse con el futuro en busca de soluciones constructivas. Por otra parte, se limitaba al ámbito africano, lo cual simplifica en cierto modo la cuestión, si bien la complica por otro. En efecto, el Continente africano con alguna excepción (Africa del Sur, por ejemplo) es un continente subdesarrollado, donde lo está incluso Argelia, a los casi ciento treinta años de colonización francesa si se considera el conjunto del país, y no ya el litoral, que ése no lo está en modo alguno. Si el subdesarrollo fuera estrictamente baja renta nacional y bajo nivel de vida, como consecuencia de recursos naturales sin explotar y falta de industrialización, aunque resulten absurdas a fuerza de astronómicas las cifras de las inversiones necesarias para industrializar y explotar a todo pasto, felices podrían prometérselas los descolonizadores voluntarios e inmediatos, y más aún los descolonizados. Mas considerar la cuestión desprendiendo arbitrariamente unos efectos de un conjunto de causas, ignorar el contexto político, social, económico y humano en que están insertos, es por lo menos palabrería y demagogia. Porque allí está el meollo de la cuestión, en ese contexto, que es tan real, por supuesto, como las manifestaciones del subdesarrollo, que son puestas en candelerero o como el ansia de independencia. ¿Hasta qué punto ese contexto sería susceptible de evolución en el marco de una independencia lograda rápidamente y sin la colaboración ajena, dando un salto en lo desconocido?

Ciertamente, no hay país africano, por remoto y atrasado que nos parezca, que no cuente con una minoría consciente, preparada, con sentido de la responsabilidad, luego capacitada para convertirse en clase dirigente. Pero es una minoría a veces exigua. A este respecto queremos aclarar que no parece ser condición *sine qua non* de la independencia que la totalidad del pueblo esté al mismo o parecido nivel cultural que la minoría dirigente. La exigencia sería tanto más absurda cuanto que la escalonada cultura que a veces termina en el peldaño del analfabetismo, se da en todos los países, incluso algunos muy baqueteados por una larga experiencia de soberanía. Lo que es temible es el brusco desnivel, con solución de continuidad, entre pequeñas minorías susceptibles de asumir el mando y responsabilidades al estilo occidental—pues en Occidente se han formado intelectualmente—y amplias masas autóctonas, aun mentalmente insertas en

el mundo tribal², a pesar de que tengan usos y costumbres imitados de la vida occidental, sin por ello estar adaptadas al funcionamiento de un mecanismo político-administrativo, que es la resultante de un rodaje metódico, y no de la aplicación de una serie de Decretos-Leyes. Ante una situación bruscamente nueva, la minoría dirigente corre el riesgo de convertirse en única detentadora del poder, en monopolizadora de la máquina político-administrativa, frente a masas amorfas, lo cual crea las condiciones de un colonialismo interno que tal vez tuviera por réplica el propósito de las masas de «descolonizarse».

Que en el hecho de esta imprevención ante el futuro de grandes contingentes africanos tengan un crecido tanto de culpa las potencias europeas, no es dudoso. La explicación—aunque no la justificación—de esta desidia en suscitar nutridas promociones de hombres aptos en diversos niveles culturales para constituir una sociedad estructurada, y no un monstruo de preciosa y diminuta cabeza y cuerpo gigantesco, creemos que no hay que buscarla en un razonado maquiavelismo o propósito político para dominar pueblos merced a la ignorancia. En nuestra opinión, reside en la cómoda creencia de que la Historia había detenido su incesante fluir en el punto exacto de florecimiento de la expansión colonial europea. El íntimo sentimiento del pasar del tiempo es la raíz de la poesía, dijo Unamuno. La Europa actuante laicizada y materialista de los últimos cien años, carece de poesía. Por otra parte, la imagen del negro afectado por un infantilismo congénito, o del musulmán, para siempre adormecido en su pasividad fatalista, ha originado tantos conflictos como el idilismo de Rousseau revoluciones y subversiones sociales. Las ideas cándidas suelen ser explosivas. Otro tanto cabe decir del paternalismo con que se ha venido tratando la cuestión de los territorios dependientes. Parece cómoda, porque no se acostumbra a caer en la cuenta de lo difícil que es ser efectivamente una cosa tan vulgar como su padre, es decir, educador.

² Recientemente ha fallecido al único teórico del panafricanismo, Jorge Padmore, en cuya obra *«Pan-africanism or Communism?»*, editada en Londres en 1955, trató de establecer una verdadera doctrina panafricana en que, al margen de la democracia occidental y de la democracia popular de tipo marxista, ambas consideradas como reconocimiento de la superioridad blanca, estimaba que África podía hallar en sí misma los recursos necesarios para organizarse. Aunque nacido en la isla de la Trinidad, Jorge Padmore pertenecía al Convention People Party de Ghana, siendo el escritor oficial de ese partido y consejero del doctor Nkrumah. Sus doctrinas, aun cuando vivía, suscitaban muchas reservas entre la juventud africana, señaladamente entre los estudiantes.

Estas evidencias, que abarcan aciertos y fracasos entreverados, no han de llevar a conclusiones pesimistas frente a las cosas, tal y como se presentan actualmente. Sólo tienden a señalar a grandes rasgos a dónde podrían llevar apresuradas descolonizaciones, sobre todo determinadas por subversiones que facilitarían las condiciones requeridas para que ese mundo pudiera caer en el nuevo tipo de colonización ya aludido: el ideológico-económico. El Viet-Nam del Norte es un ejemplo práctico de esta eventualidad. Por otra parte, esperar que se eleve el nivel material, intelectual y moral de un país partiendo del desorden originado por la violencia, es pretender levantar las estructuras sin cuidarse de las infraestructuras, que requieren un clima de paz; atender los efectos sin preocuparse de las causas; *buscar soluciones al margen de la realidad*. En suma, edificar esa casa sobre la arena que no resiste ni la lluvia ni los temporales, cosa que a veces no tienen en cuenta los impacientes nacionalistas de ciertos territorios dependientes, primeras víctimas del derrumbamiento de esa casa donde sueñan con cobijar su libertad. Lo cual no sugiere que en contrapartida las metrópolis no se impongan la tarea, ello de modo activo y efectivo, de arrimar los materiales necesarios para edificar la casa sobre la roca, cuya construcción es por igual conveniente para colonizados y para colonizadores. Insistimos en que se trata de *arrimar* los materiales y no de *construir*.

Prescindiendo de ásperas y conminatorias expresiones verbales, que son tantas concesiones al gusto tremendista de nuestros tiempos, y del contexto específicamente tunecino que en parte la motivó, estimamos que la propuesta de la Delegación de Tunicia en la Conferencia de la Unión Interparlamentaria celebrada en Varsovia merece ser tomada en consideración. Ello en particular si la miramos a la luz de la Memoria presentada por esa misma Delegación, en la que se desarrolla el pensamiento tunecino sobre la cuestión de los territorios dependientes.

El antecedente formal de esa propuesta se halla en el párrafo dedicado a la política mundial del discurso del Presidente Burguiba en ocasión del último Congreso del Neo Destur (2-6 de marzo de 1959). Dijo entonces: «Sugiero una reunión que agrupe a todos los países que aun tienen colonias y, desde luego, a los nacionalistas indígenas. Esta reunión permitiría liquidar amistosamente todas las cuestiones de este tipo; permitiría asimismo una operación de descolonización que aniquilaría la propaganda comunista en los países colonizados y recientemente independizados, pero aun subdesarrollados». Casi queda excusado señalar que la prensa mundial

no se detuvo a glosar excesivamente este aspecto del discurso del Presidente Bourguiba. En lo que a Francia atañe—era lógicamente una potencia aludida en el llamamiento a los que «aun tienen colonias»—, el ataque con fines constructivos de Habib Bourguiba fué reducido a una maniobra destinada a favorecer a Argelia y nada más. Sin embargo, estimamos que la sugestión tunecina tenía mayor contenido, era mucho menos localizada que lo ha hecho ver la vanidad gala tendente a reducir todas las cuestiones a su implicación en las mismas. Esto no pretende decir que el Presidente Bourguiba no sintiera, en marzo como a finales de agosto, gran preocupación por un problema cuya solución es vital para su país. En efecto, es bien sabido que sólo merced a su extraordinaria flexibilidad, el Jefe del Gobierno tunecino ha logrado soslayar los embates ora de los franceses, ora de los argelinos, enzarzados en una lucha que podría convertirse en fatal para una Tunicia recién independizada, en busca de su equilibrio y de la consolidación de su recobrada soberanía. Por otra parte, tampoco ofrece dudas que Habib Bourguiba desde su triunfo está tentado de sistematizar los métodos que le han permitido lograrlo con fortuna y en un breve plazo de tiempo. A este respecto, es indiscutible que dentro de sus reducidas dimensiones geográficas y el hecho de ser un país con escaso peso específico, Tunicia brinda un buen ejemplo de descolonización a partir del momento en que Francia puso en práctica los métodos de negociación amistosa que ahora preconiza Habib Bourguiba. Sin duda, no todo funciona perfectamente en Tunicia—el coro de plañidoras democráticas se lamenta de que exista una dictadura de hecho y un partido único—, pero en ningún país del mundo todo está perfecto, a no ser en la propaganda, y la pequeña república mediterránea sigue adelante, que es lo esencial, y, por remate, en una línea que no es antioccidental, ni siquiera neutralista, aunque a veces sea antifrancesa. Dado que Francia no es todo Occidente, los rumbos de Tunicia son tranquilizadores. Lo serían aun más, apunta la iniciativa del presidente Bourguiba, si las potencias europeas interesadas—y Francia en primer término—estudiaran con realismo la manera de sustraer el resto del Continente a los efectos subversivos de una propaganda cuya chispa salta por doquier merced al polo positivo del deseo de independencia y el negativo del quietismo o defensa de las posiciones con la fuerza armada o la presión económica.

Reiteradamente nos hemos referido al peligro de una colonización ideológico-económica en que ambos factores se reducen a un común denominador. Ahora, al aludir a presiones económicas del mundo occidental, cree-

mos conveniente precisar un extremo. En el punto en que se halla el mundo, sólo los Supergrandes pueden alardear de independencia económica, aunque en la práctica también ellos necesiten de los demás para seguir siendo lo que son. Y necesidad es dependencia. Pero aun concediéndoles una teórica capacidad de independencia, queda que los menos grandes, los medianos y los pequeños pasan todos por el rasero de necesitar económicamente a los demás, sea para exportar, sea para importar materias primas, sea, en fin, para lograr una ayuda tendente a mejorar sus condiciones materiales. La creación de bloques y mercados obedece a la conveniencia de agruparse comunitariamente con vistas a que esa dependencia se convirtiera en armoniosa ordenación de las necesidades recíprocas. Por ello, cuando los veteranos de la soberanía acatan el hecho de esa interdependencia económica y técnica en ciertos aspectos, sería puro delirio proponer a las soberanías bisoñas o en ciernes un programa ideal de auténtica independencia económica, que ha desaparecido del mundo. De ahí que cualquiera que sea el marco político en que se desenvuelven o desenvuelvan en su día los países que fueron o aun son coloniales, han de admitir, sobre todo si pretenden que su país se alce de su bajo nivel de vida, que en él otros estén presentes bajo la forma abstracta, pero actuante, de la economía y la ayuda técnica, expresándose aquélla en forma de dólares, de rublos, de francos, de marcos o de libras esterlinas, y sean los técnicos encargados de hacerla florecer americanos, rusos, franceses, alemanes o ingleses. Señalamos que a este respecto la Memoria de la Delegación tunecina aparece muy puesta en razón al identificar, con un enfoque realista y práctico, la servidumbre con el subdesarrollo. Así queda abierta la puerta a una colaboración con esos países, ello en la forma, por ejemplo, en que se practicó con naciones, ya de tiempo impuestas en su soberanía. Nos referimos —con las bien conocidas excepciones— a la ayuda prestada por el Plan Marshall a una Europa circunstancialmente subdesarrollada o en vías de serlo, como consecuencia de la desastrosa II Guerra mundial.

Como es de suponer, la Memoria tunecina considera los aspectos políticos de la cuestión. Lo hace en una forma un tanto reveladora de formaciones intelectuales europeas, lo cual para un quisquilloso presentaría el inconveniente de mantener en los territorios independizados la presencia sutil de la ex-metrópoli. Por cierto, este extremo no deja de influir en la adopción por parte de los elementos intelectuales de los países dependientes de una ideología marxista o neomarxista que no lleva el sambenito de ser la que parece consubstancial con las potencias colonizadoras, porque

elecciones, parlamentos y partidos son utensilios de esas potencias. Pero el nacionalismo tunecino—o del presidente Bourguiba—no parece haber reparado en que supone una merma del ansia de independencia de los nacionalismos el ambicionar que los países que opositan a la libertad y plena personalidad se adapten al molde de estructuras políticas foráneas. Hay que registrar el hecho una vez admitido que los nacionalismos africanos no han sabido o no han podido desarrollarse en la línea de un concepto de la Nación, el Estado y el individuo que partiera de una realidad original, cual sucedió hace miles de años con el pueblo judío. No lo han intentado siquiera los países musulmanes del Norte de Africa rebuscando en el Corán, en sus instituciones consuetudinarias y en su pasado histórico. Hay más; incluso es probable que a tal intento se le hubiera calificado de neocolonialismo... No es de extrañar, pues, que los movimientos independentistas del Africa Negra no hayan creado fórmulas políticas genuinas³. Por tanto, hay que ver en toda aspiración hacia la independencia con ideas y palabras europeas un esperanza de que las potencias colonizadoras puedan en cierto modo «reinar después de morir», así como la posibilidad para Africa de complementar la economía europea, que es también un modo positivo de reinar.

Es a aquel reinado que sobreviviera a la muerte voluntaria—lo cual no equivale a suicidio en este caso, estimamos—a que invitaba el presidente Bourguiba, pensando con acierto que es preferible esta fórmula a morir por empeñarse en seguir reinando. O sea algo de lo que se consideró ser un error garrafal de España en sus posesiones ultramarinas, cuya vinculación reconsiderada a caballo de los siglos XVIII y XIX—proyecto del Conde de Aranda—hubiera cambiado indudablemente los rumbos de nuestra Historia. Es sin duda pensando en ese «reinar después de morir» que el presidente Bourguiba ha trazado un surco democrático en el campo aun virgen del futuro de ciertos territorios, preconizando una descolonización «en frío» en que «se podrían fijar etapas razonables, salvaguardar las posibilidades de una cooperación fructuosa, de una amistad duradera», como

³ En 1959 se han reunido diversos movimientos del Africa Oriental en el Pan-african Movement of East and Central Africa, bajo la dirección del doctor Banda. Reclama la disociación de la federación existente para volver a constituirla, una vez lograda la independencia de sus componentes, a quienes podría unirse Kenia, Uganda y Tanganika. La Conferencia de Acra (diciembre de 1958) preveía la organización en Africa de cinco conjuntos, todos ellos bajo la jefatura de negros.

lo ha conseguido Gran Bretaña con la India. ¿La democracia? ¿Qué reparos oponer a la palabra? En fin de cuentas es un concepto de raíz cristiana. Aunque esterilizado y maleado por la secularización del mundo occidental, queda esa raíz. Ella sola es la que permite a la democracia oponerse dialécticamente al menos al mesianismo anticristiano del marxismo. Lo que sí estimamos susceptible de grandes reservas es la tendencia a trazar normas de orden general. A este respecto, de nada sirve apuntar el modelo de Gran Bretaña preparando la independencia de Nigeria, como antaño preparó la de Ghana. Merced a su pragmatismo, Gran Bretaña escapa al fetichismo de los grandes principios, del método y de la palabra escrita, rígida. No tiene método, sino *métodos*, muchos métodos, lo mismo para colonizar que para descolonizar. Todos se resumen a uno solo: armonizar la realidad y la conveniencia propia. Por ello descoloniza la Federación de Nigeria en el cuadro de la Commonwealth, sigue colonizando Kenia y nombra una Comisión consultiva para preparar la revisión de la Constitución de la Federación de las Rhodesias y de Niasalandia⁴. De todas formas, la sugerencia contenida en la propuesta tunecina de «establecer contactos con los movimientos nacionalistas, organizar con ellos elecciones libres que destacarán a los elementos más válidos... con los cuales se establecerá el diálogo» queda, creemos, atemperada por la de organizar «comités encargados de estudiar separadamente el caso de cada país y examinar sus posibilidades y condiciones particulares».

Por lo demás, sería absurdo detenerse ante aspectos en suma secundarios o de detalle de una propuesta que, prescindiendo de sus motivaciones propagandísticas, no deja de tener un interés positivo, en la medida, claro es, en que puede tenerlo algo ideal, la palabra ideal significando casi plenamente en este caso irreal, es decir, al margen de la realidad. En efecto, hoy por hoy no existen posibilidades de que prospere una especie de anticonferencia de Berlín, que es la propuesta por el Presidente Burguiba, a la cual acudirían, previa consulta entre sí, las potencias europeas con de-

⁴ La instalación en el Africa Oriental de 300.000 blancos, junto a siete millones y medio de negros, la proximidad de la Unión de Africa del Sur y los imperativos estratégicos de Gran Bretaña en Kenia y Tangañika explican las diferencias existentes entre la política allí practicada y la que aplica en el Africa atlántica. No obstante, poco después de las elecciones, el Gobierno británico ha nombrado una Comisión (la Comisión Monckton) a la que se ha encomendado la preparación del estatuto definitivo de los territorios de Niasalandia y de Rhodesia, y también el estudio de otras soluciones que la ya considerada, es decir, la federativa.

pendencia en Africa y los representantes de éstas⁵. No está próximo el momento—o mucho nos equivocamos—en que esas potencias constituyan un bloque acordado sobre la conducta a seguir, no sólo frente al problema de las dependencias o colonias, sino en otros muchos. Cuestiones de prestigio, resabios de nacionalismos, intereses nacionales y más aún de grupos particulares son obstáculos que únicamente el tiempo y el imperativo de la necesidad permitirán salvar. De hecho, la unión no se logra más que en situaciones extremas: de agudo peligro o de paz auténtica. Y la Europa de la segunda mitad del año 1959 está en el lugar geométrico de ambas circunstancias, lo cual lleva a las naciones europeas a adoptar posturas que son a la vez de unión y de desunión. Ello produce un vaivén poco propicio a propósitos e incluso sacrificios coherentes, ordenados, dirigidos todos en el mismo sentido y realizados al mismo tiempo. Así, frente al mundo africano en plena evolución—cuando no al borde o instalado en la agitación—, sólo cabe registrar los esfuerzos en orden disperso de una Europa que en todos los terrenos debería presentar un frente unido, renovado y liberado de las viejas recetas de la farmacopea colonial del siglo pasado y principios de éste, si quiere desempeñar un papel propio en el mundo bipolar o maniqueo que nos ha tocado padecer.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

⁵ Las potencias coloniales citadas en la Memoria son: Gran Bretaña, Bélgica, Portugal y Francia.

